



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, Raquel Arbeteta

Representada por IMC Agencia Literaria

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-624-6

Depósito legal: M-3162-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ELENA, UN FUTURO EN BORRADOR

© AMISTAD EN CURSO ©

loqueleo

1

¿Qué quieres hacer en el futuro?

Si me dieran un euro por cada vez que me han hecho esa pregunta, tendría dinero suficiente para irme de casa. A pesar de que sea precisamente en ella donde nunca me han preguntado nada parecido.

Tiene sentido, ya que mis padres siempre han dado por sentada mi respuesta.

Sin embargo, mi mente se queda en blanco frente a esas palabras. Es el mismo color de mis hojas de apuntes antes de llenarlas con mil dibujos cada vez que tengo oportunidad. También es el mismo tono de las letras que conforman la maldita pregunta en la pizarra de nuestra aula.

Pablo, nuestro tutor, no contento con escribir en tiza y mayúsculas mi problema más temido, camina de un extremo a otro para subrayar la frase con una gruesa línea.

—Siento robaros unos minutos del recreo —nos dice en cuanto se oye el timbre, aunque no parece lamentarlo en absoluto—. Me consta que ya estáis hasta arriba con los exámenes de la primera evaluación. El tiempo es oro. Al fin y al cabo, estáis en segundo de Bachillerato.

—¡¿No me digas?! —exclama Manuel, al otro lado del pasillo de pupitres, fingiendo sorpresa y dándose una palmadita en la frente—. ¡Hostia, profe, no me había enterado!

—Viniedo de ti, tampoco me extrañaría nada —le contesta Pablo, aunque tanto él como Manu sonríen—. Iré al grano: sabéis que no tenemos asignada una hora de tutoría, a pesar de que este es uno de los años más importantes de vuestra vida. Vais a dar el primer paso hacia vuestro futuro. Por eso, he decidido que iré convocándoos a reuniones individuales durante los recreos para daros información de carreras o FP en las que estéis interesados, grados que no conozcáis... lo que sea. O bien trataré de hacer de guía a los que estáis más perdidos que un pulpo en un garaje.

—¡Eh! —exclama Manuel—. ¿Por qué me está mirando?

—En realidad, tu tutoría será para mí, porque de verdad que no sé qué hacer contigo.

Toda la clase se echa a reír, Manu incluido. Yo agacho la mirada, muevo el lápiz que había dejado suspendido en el margen de mis apuntes de Filosofía y empiezo a trazar la silueta de una chica de perfil. Tiene el pelo largo y rubio, como yo. Excepto que, en lugar de un ojo, dibujo un elaborado signo de interrogación.

—Iré por orden de lista —sigue diciendo Pablo—, que ninguno se despiste ni trate de huir. Incluso aunque tengáis las cosas muy claras, no os viene mal conocer mejor dónde os vais a meter.

—Profe, ¿tú tenías claro que querías hacer Filosofía?

—¿Y ser profe después?

—Oh, claro que sí. Con diecisiete años, mi mayor sueño era dar clase a un grupo de treinta adolescentes hiperhormonados, con el mismo peinado y las mismas ganas de tocarme las

narices. —La clase entera vuelve a reírse—. Estaré encantado de responder a más preguntas como esa, así que os sugiero que os las guardéis para nuestras reuniones. —Coge el maletín de su mesa y señala a Carla, sentada a mi lado—. Señorita Álvarez, usted será la primera. El lunes que viene en mi departamento.

Aunque mi compañera suspira por la nariz, acaba por asentir. Luego, todos se ponen en marcha para salir del instituto y disfrutar del recreo; ella, la primera. Se pone de pie y coge con elegancia su bolsa, colgada en el gancho del pupitre. Es la única de clase que no lleva mochila.

Antes de marcharse, me echa un vistazo. Sigo sentada. Mirándola a ella. Al infinito, al futuro...

A la nada.

—¿Estás cagada, Elena?

—No —miento al instante—. ¿Por qué lo dices?

—Porque pareces un ciervo asustado en medio de la carretera. —Se coloca el asa de su bolso en el hombro—. Tranquila, tu apellido

empieza por zeta; serás de las últimas a las que el Brasas llame a declarar. Tienes tiempo de sobra para aprender a fingir mejor. —Ladea la cabeza—. Te recomiendo que lo hagas.

Después de soltar ese «consejito», se va con la misma arrogancia que han llevado por bandera ella y sus amigas Anabel y Bea desde que las conozco. Es decir, desde el primer curso en este instituto.

(Hay cosas que nunca cambian).

Me muero de ganas de contarles la escenita a Noa y Diana, mis mejores amigas. Sin embargo, en cuanto pienso en lo que supondría parafrasear lo que ha dicho Carla, me recuerdo que no puedo hacerlo.

No les he confesado a mis padres mis dudas respecto a estudiar Medicina, como ellos quieren, pero es que... tampoco a ellas.

Os juro que no es porque les tenga miedo. De verdad. Es cierto que, al contrario que yo, ambas tienen mucho carácter, pero no son ogros.

Noa es una mariposa social, pura energía extrovertida, tan amante del espacio exterior

como de conseguir la atención de todos los habitantes de nuestro planeta. Es la persona a la que siempre acudo para liberarme, sentirme a gusto y reírme a carcajadas. Y Diana, tan reservada y organizada, es una auténtica genia que da los mejores consejos del mundo. Además, tiene un hombro estupendo, siempre dispuesto para que le lloremos encima todas nuestras desgracias..., antes de ofrecerse a arreglarlas con una lista interminable de tareas.

Sí, son maravillosas. Llevamos siendo inseparables desde segundo de la ESO, cuando Noa llegó nueva a este instituto. Hemos superado discusiones, inseguridades, cambios de clase que nos han separado... Unas pocas horas al día, claro, porque ellas siempre están ahí para mí, y yo estoy para ellas. Nos lo contamos todo.

O casi todo.

Porque ¿cómo confesarles que yo soy el pulpo perdido en el garaje del que hablaba mi tutor? ¿Cómo decirles que me aterra estar preparándome para entrar en la carrera que haría a mis padres estar orgullosos de mí..., y a mí me

convertiría en una desgraciada hasta el fin de los tiempos?

Ellas siempre han tenido claro su camino. No lo entenderían. O bien, tan resueltas como son, me dirían lo obvio: «¡Pues haz otra cosa!».

Qué fácil suena para quien no está en mi piel.

Tanto como imaginar que limpiando la lámpara maravillosa de un genio se puede pedir con una sonrisa la paz en el mundo.

«Solo a ti se te ocurriría pedir eso y no mil deseos más», se reiría de mí Noa.

«Solo a ti se te ocurriría pensar que los genios de la lámpara existen», rebatiría Diana.

Las conozco tanto que puedo adivinar lo que me dirían si les contase mi «pequeñísimo» problema con las dudas sobre mi futuro. Por eso, no voy a hacerlo.

Porque, un poco como yo, no serviría para nada.

FUTUROS POSIBLES

☐ *Estudiar Medicina (como toda mi familia)*

—¡Aquí, Elena! —exclama Noa, agitando el brazo. Tanto Diana como ella están sentadas en un banco del parque que hay junto al instituto. La primera, doblada hacia delante con unos apuntes sobre las rodillas; la segunda, ri-sueña, aupada en la parte de arriba del respaldo del banco—. Estábamos preocupadas, tardabas mucho. ¿Teníais examen o algo?

—Qué va —le digo en cuanto llego hasta ellas—. Nuestro tutor, que nos tenía que decir una cosa. —Cojo aire—. Resulta que vamos a tener reuniones con él uno por uno en el recreo para hablar de lo que queremos hacer y todo eso.

Esa parte sí se la puedo contar.

—Qué suerte tenéis los de ciencias A con vuestro tutor —gruñe Diana, todavía con los ojos en los apuntes—. Pablo se preocupa por vosotros. La nuestra no nos hace ni caso.

—Mira, mejor —dice Noa—. Los de B ya aguantamos bastante a Marisa en Tecnología como para hacerlo también durante el recreo...

—¡Pero si no paras de hacerle la pelota en clase!

—Porque no soy tan lista como tú, Didi, pero tampoco idiota —se defiende Noa—. Quiero tener buena nota en su asignatura. La necesito para entrar en la facultad que quiero.

—Pero Ciencias de la Computación la puedes estudiar en muchos sitios, ¿no? —pregunto—. No tiene una nota de corte muy alta...

—Donde quiero sí —afirma Noa—. Aunque tampoco me preocupa demasiado. Llegaré.

—A ti no te preocupa nada —cabecea Diana, pasando una página que contiene un esquema en letra minúscula.

—Ya te preocupas tú lo suficiente por Elena y por mí; solo equilibrio la balanza —replica Noa,

guiñándome un ojo—. Y eso que Elena necesita la nota más alta de las tres...

—Me las apañaré —digo (y miento de forma descarada).

A lo mejor Diana nota algo raro en mi voz, porque mis palabras son lo único que la empuja a desviar la atención de sus adorados apuntes.

—¿Vuelves a tener problemas con Química? Puedo echarte una mano, como hicimos en junio para tus recuperaciones.

—Ya, sí —le digo con una sonrisa—. Es decir, ¡no! No hace falta. No por ahora. ¡Pero gracias!

Aunque, si quiero aprobar, tarde o temprano acabaré necesitando un poco de la magia de Diana. Cuando me atasco con alguna asignatura de ciencias, solo ella consigue explicármela de tal manera que la entiendo, y la maraña de ecuaciones sin sentido se desenreda en mi cabeza.

Si el círculo de personas que acepta Diana no fuera tan pequeño (su familia, Noa, un par de compañeras de clase y yo) y tuviera un poco

más de aprecio por el mundo, sería una grandísima profesora.

Por supuesto, ese no es su objetivo, sino un doble grado en Ingeniería Aeroespacial más Telecomunicaciones. Y todas tenemos claro que acabará consiguiendo graduarse en cinco años con honores.

Ella más que nadie.

—Bueno, Elena, incluso en el hipotético caso de que las cosas no te vayan tan bien... —comienza a decir Noa—, está la privada. Tus padres son los dos médicos e investigadores, tienen dinero de sobra para que vayas a cualquier universidad, así que no tienes nada de lo que preocuparte. —Me dedica una de sus espléndidas sonrisas de oreja a oreja—. Estudiarás Medicina y serás la doctora más empática y estupenda de la historia, ¡ya lo verás!

Siento una punzada que me atraviesa el estómago.

No tengo claro si ha sido un hierro candente o un carámbano. ¿Cómo distinguir el ardor del hielo y del fuego? ¿Cómo diferenciar un dardo

envenenado de Carla y un comentario con buenas intenciones de Noa? Al final, el resultado es el mismo: ambos hacen el mismo daño. Ambos me dejan otra marca más en el espíritu que trato de disimular como puedo.

Solo que cada vez me resulta un poco más complicado.

—Sí, supongo —me apresuro a contestar. Me descuelgo la mochila del hombro y me siento junto a Diana—. Oye, ¿y si hacemos algo este finde? ¿O tenéis planes?

—Yo sí —suelta Diana—. Estudiar.

—Venga, Didi, Elena tiene razón. Hace semanas que solo nos vemos en el insti, ¡hagamos algo divertido! —sugiere Noa—. Si montamos algún plan que te tiente, ¿te unirás? O propón tú algo, vamos.

Diana alza la cabeza con lentitud hacia nuestra amiga.

—Se me ocurre algo que nos vendría genial a todas. —Hace una pausa—. ¿Qué te parecería el divertidísimo plan de hincar los codos?

Me echo a reír y Noa bufá:

—Cabezota. En fin, siempre podemos quedar a estudiar en la biblioteca... o en alguna casa. A cambio, luego hacemos algo más divertido.

—¿Más divertido que estudiar? No te creo.

—¿Y si vemos una peli? —sugiero antes de que continúen discutiendo—. Acaban de estrenar en el cine...

—Una de dibujos no, por favor —me corta Noa. Aunque, al ver mi cara, recula—: Quiero decir..., no es que no me gusten, pero últimamente no vemos otra cosa.

—Ah, sí, claro —digo—. Lo entiendo. En realidad, a mí me da igual —miento—. Podemos ver otra película, ¡la que más os guste! —Esbozo una sonrisa suave—. De verdad, cualquiera me parece bien...

—Ya lo decidiremos, podemos hablarlo después por el chat del grupo —dice Diana, poniéndose en pie—. Voy a entrar ya. Tenemos examen de Lengua a quinta hora y quiero preguntarle algo a Yolanda.

—Te acompaño —digo, levantándome con ella, a pesar de que ni siquiera me haya dado

tiempo a sacar mi sándwich de la mochila y darle un mísero bocado—. De todas formas, hace mucho frío. Noa, ¿vienes?

Aunque no dice nada de primeras, acaba por asentir y, de un salto, baja del banco. Mientras caminamos hacia el instituto, se coloca a mi lado y entrelaza con cariño su brazo con el mío.

—Oye, Elenita, ¿cuál era la película que acababan de estrenar? Perdona, te he cortado y no has dicho el título.

—No te preocupes, no es nada; si seguro que al final no es tan buena... —contesto sonriente—. Estará mucho tiempo en cartelera y, si no, siempre la puedo ver en internet más adelante.

Noa abre la boca para decir algo, pero, antes de que le dé tiempo, su nombre hace eco en la calle. Hay un cuarteto de chicas en la puerta del bar que hay frente a nuestro instituto y están saludándola de lejos.

Las reconozco, son del bachillerato de Sociales, y de vez en cuando Noa va a patinar con ellas a la nueva pista de hielo que han abierto en el centro comercial. Me invitó a acompañarlas un día,

pero las agujetas, el enorme moretón en el culo y la sensación de ridículo que me gané con la experiencia me animaron a no repetir.

—¿Os importa que vaya? ¡Hablamos del plan del finde luego! —nos dice, y sale corriendo hacia ellas.

Diana y yo caminamos juntas y en silencio hasta el insti. Con ella no siento la necesidad de llenar el espacio con conversaciones insustanciales, ambas podemos acompañarnos en una calma compartida. Con Noa, no me veo en esa situación jamás, porque es quien se encarga de iniciar y animar todas nuestras conversaciones. Hoy, sin embargo, caminando con Diana, siento que algo me tira de la lengua.

Tras enseñarle nuestros carnés de estudiantes de Bachillerato al profe de guardia para entrar en el vestíbulo, acabo abriendo la boca.

—Diana, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras —dice sin dejar de mirar sus apuntes. «¿Cómo puede caminar así? Debe de ser otro de sus dones»—. ¿Es de Química? ¿Por dónde vais, por inorgánica?

—Sí... No. Es decir, no es eso. Dime, ¿tú siempre tuviste claro que querías hacer lo que querías hacer?

Llegamos al pasillo de los departamentos. Diana se detiene delante de una de las puertas. Encima está el cartel que reza «Departamento de Lengua y Literatura Española». ¿Cómo ha podido orientarse con una hoja a dos centímetros de su nariz? Esta chica es de otro mundo.

—Quería hacer una ingeniería sí o sí —afirma categórica—, aunque no sabía cuál hasta el año pasado. Hice una búsqueda exhaustiva en internet y fui con mi hermana a preguntar a varias facultades este verano hasta que me convencí de cuál quería. Si no puedo entrar, tengo otras tres opciones en la lista. Siempre puedo hacer otra ingeniería afín y solicitar la matriculación en el doble grado al curso siguiente. Convalidaría las que pudiera y solo retrasaría mi plan de estudios un año. Teniendo en cuenta que quiero hacer el Erasmus en la IPSA, creo que me daría tiempo a todo antes de cursar allí un máster.

La sonrisa me sale sola.

¿Le tengo una envidia terrible a Diana? Por supuesto. También es una de mis mejores amigas, y la quiero muchísimo. A ella, a sus listas y a su futuro perfectamente trazado y clarísimamente prometedor.

—¿Por qué lo dices? —me pregunta—. ¿Te has planteado hacer una ingeniería? —La carcajada me sale sola—. Ya decía yo. Sería un suicidio. Con lo que sufriste con Física el año pasado...

—No me lo recuerdes —digo, todavía medio riéndome—. Creo que Agustín me puso en esa parte un cinco por pura lástima.

—Oye, no digas eso: cuando lo das todo, puedes con lo que sea —me dice Diana.

Aunque no es muy dada a las expresiones de cariño, acaba alzando una mano y posándola en mi brazo para darme un suave apretón.

—Escríbeme si quieres que te explique algo, si necesitas estudiar conmigo o lo que sea —se ofrece—. Podrás estudiar Medicina, no lo dudes. Eres listísima. Además, Noa tiene razón: si,

por lo que sea, no te sale muy bien el examen para la uni, puedes estudiar Medicina en alguna universidad privada.

Otra vez la punzada en el estómago. Esta vez no consigo disimular a tiempo y la sonrisa se me cae de la cara.

Por suerte, Diana no lo ve. Ya se ha vuelto para dar dos golpecitos en la puerta del departamento de Lengua.

Aunque no es Yolanda, ni ninguna otra profesora, la que abre y nos da la bienvenida.